



El Río de la Plata y el Atlántico según un mapa de H. Ottsen (1603). Al Cerro de Montevideo se lo designa Monte Serede. Las islas que figuran son las de San Gabriel, Flores, Gorriti (que se llamó antes Las Palmas y aquí se denomina Maldenade), de los Lobos y de Castillos. Los querandies y pampas se representan con boleadoras y los charrúas envueltos en mantos de piel de venado.

¿Cómo era el aspecto físico de los charrúas? ¿Qué estatura tenían? ¿La pigmentación de su piel tendía hacia el tono bronceado o al oscuro, o aún muy oscuro como afirman ciertos testimonios? ¿Sus cráneos eran alargados (dolicocefalos) o redondeados (braquicefalos), altos (hipsicefalos) o bajos (platicefalos)? ¿Qué relación existía entre el tamaño del tronco y el largo de las piernas? ¿De qué color eran sus ojos? ¿Tenían pelo liso, recio y negro como narran las crónicas? ¿El dimorfismo sexual era pronunciado o muy tenue?

que me pareció a primera vista una trampa para cazar venados, y después vi muchas cavidades oscuras que estaban dentro del cerco de las redes; vi entonces que eran sepulturas (desdichadamente no aclara si estaban rodeadas de piedras, característica ésta propia de los charrúas); todo cuanto el muerto tenía lo ponían sobre su tumba; las pieles con que andaban cubiertos, las mazas de palo (macanas) y azagayes de palo tostado (endurecido por el fuego), las redes de pescar y cazar venados, todo estaba en torno de su sepultura. Hubiera querido mandar abrir las tumbas (¿para qué, para saquear sus posibles riquezas?) pero tuve miedo de que acudiese gente de tierra y lo tuviese a mal. Habría aquí unas treinta tumbas. Por no poder hallar otra leña (¿estaba mojada, no servían para hacer fuego las ramas verdes de los arbolillos de los bosques serranos o se encontraban en los inmensos arenales que por entonces circundaban al Solís Grande?) mandé sacar los palos de las sepulturas (terrible sacrilegio) y los mandé traer para hacer fuego y comer dos venados que matamos, con lo que la gente quedó muy consolada. Las gentes de esta tierra (que en la narración aparecen de pronto, pero cuyo encuentro se realizó dentro de un ceremonial, la salutación lacrimosa, que narra luego) son hombres muy robustos y grandes (evidentemente charrúas); traen el cabello largo; algunos se horadan las narices y en los agujeros traen metidos unos pedacitos de cobre muy brillante (rasgo cultural característico de los Kaingang o los beguáes); todos andan cubiertos de pieles; duermen en el campo donde les anochece; no llevan otra cosa consigo que pieles y redes para cazar; usan como arma una pelota de piedra (boleadora) del tamaño de la bala de un falcón (pequeña pieza de artillería que disparaba "pelotas" de piedra pulida y no proyectiles metálicos) y de ella sale un cordel de una braza y media de largo y en el extremo lleva una borla grande de plumas de avestruz; y tiran de ella como con honda semejante a la de los honderos baleares o a la de David y no a la de horqueta y goma que usan los niños); traen unas azagayas hechas de palo y unas porras de palo de un codo de largo (unos 50 cms.). No comen más que carne y pescado; son muy tristes y la mayor parte del tiempo lloran. (Se trata de un llanto ceremonial de bienvenida; según se verá en notas posteriores los charrúas no eran tristes y llorones en circunstancias de la vida diaria ajenas a esta norma dictada por la etiqueta). Cuando muere alguno de ellos según el parentesco, así se cortan los dedos; por cada pariente una articulación; vi que muchos viejos no tenían más que el dedo pulgar. Su habla es gutural como la de los moros. Cuando nos venían a ver no traían ninguna mujer consigo (los rijosos marinos andaban a la caza de fresca carne femenina, de ahí la observación del joven portugués); no vi más que una vieja que en cuanto se acercó a nosotros se echó al suelo de bruces y no levantó el rostro; con ninguna cosa nuestra se alegraban; ni se mostraban contentos con nada (eran insobornables aquellos sobrios indígenas que se conformaban con lo suyo, lo necesario, y no ambicionaban lo ajeno, lo superfluo). Si traían carne o pescado nos lo daban gratis y si les daban alguna mercancía no se alegraban; les mostramos cuanto traíamos; no se espantaban ni tenían miedo de la artillería, pero suspiraban y no daban más que muestras de tristeza; me parece que no se divertían más que con eso.

El Mundo Charrúa

II. Tipos Humanos: la Descripción de los Primeros Cronistas

por DANIEL VIDART

Estas preguntas referidas al porte y estructura del cuerpo, forma de la cabeza y rasgos del rostro de estos indios, han sido parcialmente contestadas por los antiguos cronistas. La desocupación, la ignorancia y el desprecio, esto es, las habituales actitudes descalificadoras del europeo hacia los nativos del Nuevo Mundo, los cuales eran considerados como "animales de primera categoría" por el naturalista Buffon en pleno siglo XVIII, apenas si nos han dejado un esbozo del indígena que los exploradores españoles y portugueses de la primera hora hallaron en nuestro territorio.

IMPRECISION, IGNORANCIA, CAPRICHOS, DESDEN

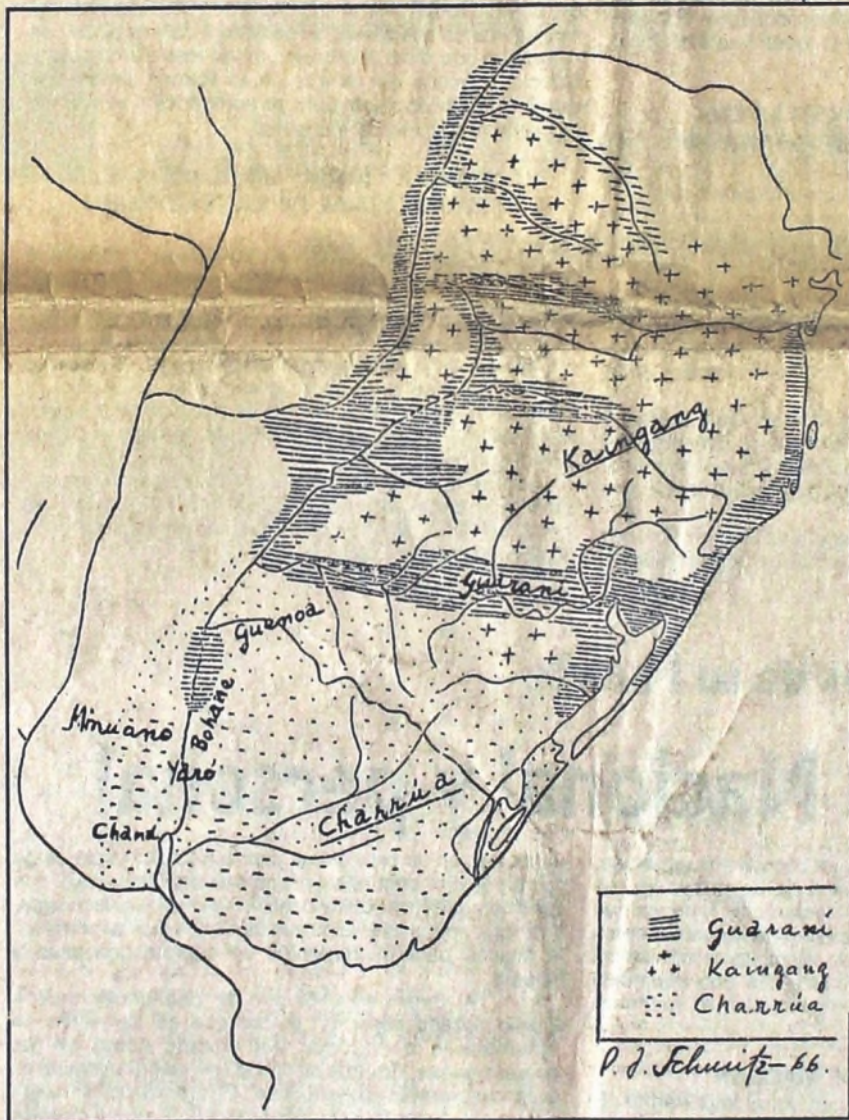
Los "descubridores" recién llegados a nuestras costas en busca del paso interoceánico -Magallanes- o tras la Sierra de Plata -Gaboto-, no sabían a ciencia cierta con qué indígenas estaban tratando. Ninguno de los primeros expedicionarios, comenzando por los compañeros de Solís y continuando con los magallánicos y gabotianos, pudo afirmar con suficientes pruebas qué tribu o parcialidad o etnia mató al Piloto Mayor y si efectivamente fue devorado acto seguido, no obstante la espeluznante descripción del Padre Lozano, escrita a mediados del siglo XVIII.

Algunos historiadores que narraron el hecho mucho después de acaecido atribuyen ese festín canívoros a los charrúas, quienes jamás fueron antropófagos. El testigo directo que pudo haber realizado una completa y fiel descripción de los indios que ultimaron a Solís, y no lo hizo, fue el aindiado grumete Francisco del Puerto. Este único sobreviviente a la matanza, compartió largos años con los habitantes de las islas diseminadas en el delta del Paraná -los guaraníes carios- sin que ello hubiera supuesto la condición de cautivo o de candidato a la comilona. En efecto, nadie lo engulló ni le impidió que saliera al encuentro de Gaboto y retornase con él a España.

Lamentablemente este observador participante de primera mano, no pudo o no quiso que se sepa, dejar ningún tipo de información a la posteridad. Su silencio, hijo de la indiferencia y el menosprecio, se llevó a la tumba un esclarecedor testimonio.

Finalmente debe agregarse que el pretendido canibalismo guaraní, cuya práctica masiva ha sido puesta en duda por algunos avisados antropólogos (W. Arens), no se practicaba *in situ*, luego de las acciones guerreras. A los muertos en combate se los comían las alimañas y los sobrevivientes prisioneros, destinados al festín ritual, eran "cebados" durante largos meses y de algún modo "consentidos" -tenían acceso a las mujeres-, para ser sacrificados luego en medio de una complicada ceremonia donde la transustanciación y la transestirritualización iban de la mano.

En los diarios de navegación de los marinos recién llegados, tributarios de los dimes y diretes que corrían de boca en boca, la mayoría de las veces descabalados y tergiversados, se acumulan parciales y vagas noticias sobre gentes nativas apenas entrevistadas, y a tal punto, que los actuales intérpretes de aquellos imprecisos testimonios -al cabo pescadores en aguas revueltas- se pierden en un mar de hipótesis. De tal modo se ven obligados a suponer que los madrugadores nautas del siglo XVI se habían topado con tales o cuales indígenas, dados los lugares de desembarco o las características físicas o culturales descritas. A partir de estos adivinadores de enigmas y sus encontradas respuestas, se encendieron querellas, que hoy aún perduran, en derredor de datos iniciales singularmente vagos, cuando no fantasiosos (Del Barco 227-232), y posteriores interpretaciones antojadizas, que fueron las de Díaz de Guzmán, José de Guevara y otros. En definitiva, todo es tan incompleto, tan indefinido, que poco o nada puede decirse acerca de los caracteres corporales de las



Ubicación geográfica de los charrúas, guaraníes y kaingang en el momento de la conquista, según P.J. Schmitz (Instituto Anchieta de Pesquisas, Río Grande del Sur). En el Delta del Paraná no figuran los carios, o sea los guaraníes de las islas.

distintas tribus que salieron al paso de los frustrados conquistadores del siglo XVI desembarcados en nuestros litorales.

EL TESTIMONIO INICIAL

Ciertos historiadores tienen la reprobable costumbre de citar de segunda mano las transcripciones efectuadas por investigadores laboriosos, sin molestarse en ir a las fuentes. Y cuando acuden a dichas fuentes, a veces poco accesibles, sucede que en la mayoría de los casos, con ingenua buena fe, quedan prisioneros del prestigio de la pluma de ganso, de la magia del documento: al encontrarse con los desvaídos rasgos de una escritura apenas legible, o las cuartillas amarillentas de un antiguo libro, repiten lo expresado sin hacer concesiones al beneficio de la duda, y atribuyen veracidad absoluta al "testimonio" transmitido por las "autoridades".

Veamos un ejemplo. Se sabe que Antonio Pigafetta, el patricio vicentino -como gustaba autodenominarse- que acompañó a Magallanes y al sobreviviente Elcano en la primera circunnavegación al globo, fue sin duda el autor de la primera descripción de un indígena de estas latitudes. Al llegar en enero de 1520 al que es hoy el departamento de Colonia se produce un episodio que es narrado de tal modo en el *Primer viaje alrededor del mundo*:

"Continuando después nuestro camino, llegamos hasta el grado 34, más un tercio, del Polo Antártico, encontrando allí, junto a un río de agua dulce, a unos hombres que se llaman "canibales" y comen carne humana. Se acercó a la nave capitana uno de estatura casi como de gigante para garantizar a los otros,

tenía un vozarrón de toro. Mientras éste permaneció en la nave, los otros recogieron sus enseres y los adentraron más en la tierra, por miedo a nosotros. Viendo lo cual, saltamos un centenar de hombres a tierra en busca de entendernos algo, trabar conversación; por lo menos, retener a alguno. Pero huían, huían con tan largos pasos, que ni con todo nuestro correr podíamos alcanzarlos. Hay en este río siete islas. En la mayor de ellas encuentranse piedras preciosas; se llama Cabo de Santa María".

El primer indio que entra en la historia rioplatense, según esta relación, sería un canibal, es decir, un guaraní. Pero entre los guaraníes, que son bajos y retacones, no hay individuos de estatura gigantesca. Esto sólo habría sido posible entre los charrúas, pertenecientes a la raza pámpida, cuya altura y belleza corporales fueron destacadas por los hombres de ciencia -Azara, D'Orbigny- que los describieron a principios del siglo XIX.

De tal modo el cronista, que ya venía desde los puertos europeos -Magallanes zarpa desde San Lúcar- con una buena carga de preconcepciones y chismes a cuestas, sin conocer el idioma ni haber visto ninguna escena de antropofagia, les endilga lindamente a los indios costeros, acampados a orillas del Plata, la condición de comedores de hombres. Y acto seguido inventa -o repite- que el Cabo de Santa María, al que convierte en isla, es un yacimiento de piedras preciosas.

Pero el dato digno de ser retenido es el del aspecto colosal del indígena que subió a bordo, sobre cuyo destino posterior nada afirma el noble italiano. Sin duda se trataba de un charrúa pues muchos de sus representantes llegaban a tener un

metro ochenta, y más de estatura. Resta preguntarnos por qué corrían los europeos con tanta presteza tras de los indios (¿o las indias?) y por qué éstos, que siempre recibían hospitalariamente a los viajeros, como luego cuenta Lopes de Sousa, levantaron tan rápido sus bártulos y se tomaron las de Villadiago.

LA NARRACION DE LOPES DE SOUSA

Un joven capitán de veintinueve años, el portugués Pero Lopes de Sousa, incluyó en su *Diário de Viagem* importantes observaciones sobre los indígenas de nuestras comarcas. Arribó a un tormentoso Río de la Plata, donde las tripulaciones padecieron males sin cuento, hacia el año 1531. Bajó varias veces a tierra, trazó una emocionante pintura de la riqueza faunística de los campos vistos desde lo alto del Cerro de Montevideo y tuvo varias veces trato con los indios, que lo recibieron con muestras de afecto. Los intérpretes de nuestros días se preguntan quiénes podrían ser los guaraníes, quiénes los beguáes y quiénes los charrúas, dado que el narrador no proporciona el nombre de las tribus y sólo detalla rasgos físicos y culturales. Pero si tenemos en cuenta la corpulencia y estatura prominente de los charrúas resultará relativamente fácil identificarlos.

El miércoles 25 de diciembre, cuenta De Sousa que "muchos hombres estaban casi muertos y no tenían fuerzas para andar; mandé llevarlos a cuevas al bergantín. Saltó el viento del lado del mar y me hice a la vela y casi de noche entré en el río de los Beguáes (el Solís Grande). No teníamos qué comer y hacía dos días que la gente no comía. Muchos hombres quedaron tan desfigurados del miedo que no se les podía reconocer. Toda la noche llovió y ventó con tantos relámpagos y truenos, que parecía que se hundía el mundo". Este fragmento del *Diário* merecería un largo comentario. El descubrimiento de nuevas tierras no fue un juego de niños para los europeos bien armados pero inermes ante las acechanzas de una naturaleza desconocida y para colmo cólera. El hambre y el miedo acompañan a los navegantes, que sufren y tiemblan. La muerte a miles de kilómetros de sus hogares los ronda cotidianamente. Por cierto que el oficio de conquistador es duro. Quiénes tienen la mano larga para robar y matar siempre están maduros para morir. Sus verdugos son los elementos desatados, la carencia de alimentos, un entorno extraño y hostil, la justa resistencia de los indígenas que procuran despojar y someter. En este caso los portugueses no vienen para quedarse sino a reconocer el terreno bañado por las aguas de un estuario codiciado. A partir de ese entonces, y tal vez antes aún, porque ya el río de la Plata había sido visitado en más de una ocasión por marinos lusitanos, la gostrategia imperial del reino enfila su codiciosa pupila hacia nuestro estuario, el que sería incorporado a los dominios de Portugal, aunque fagazmente, en los tiempos de la Cisplatina.

EL ENCUENTRO CON HOSPITALARIOS GIGANTES

Sigamos con el relato del capitán portugués: "Jueves 26 de diciembre; por la mañana abonanzó el tiempo, pero sopla en sentido contrario a nuestro viaje; mandé un hombre por tierra a la Isla de las Palmas (Gorriti), donde Martín Alfonso (el hermano mayor de Pero y capitán general de la flota) estaba, a decirle que si el tiempo seguía malo nos mandase alimentos pues teníamos gran necesidad de ellos. Este día no comimos más que yerbas cocidas. Mientras andaba por tierra en busca de leña para calentarnos fuimos a dar a un campo con muchos palos

SINTESIS DE LAS OBSERVACIONES

Las observaciones de Lopes de Sousa, que no se leen ni comentan en las escuelas y en los liceos con la frecuencia e intensidad pedagógicas que merecen, dan para un largo comentario.

Abreviándolo se puede destacar:

1. los adornos de cobre en la nariz pueden ser un rasgo trasculurado o, efectivamente, había beguáes mezclados con los charrúas. Este es un detalle que se olvida a menudo: los indios de la Banda Oriental, Mesopotamia argentina y Río Grande del Sur tenían múltiples contactos pacíficos, comerciaban entre sí, efectuaban alianzas de todo tipo entre ellos y habían adoptado el guaraní como *lingua franca*;
2. los recién llegados europeos son tratados con amabilidad y alimentados por los indígenas;
3. ni las chucherías regaladas por los portugueses ni sus armas de guerra hacían mella en los charrúas: no los tentaban las unas y no los amedrentaban las otras;
4. los pobladores de las márgenes del río de los Beguáes (Solís Grande) ostentan una elevada estatura y gran vigor corporal, detalle que los incluye en el grupo racial de los pámpidos, al que pertenecían los charrúas. Acosta y Lara piensan que estos indígenas pudieran ser de la etnia kaingang o guayana; tanto su estatura, no tan elevada como la de los pámpidos puesto que los primitivos integrantes del pueblo *gêtaupuya*, los despreñados *bugres*, eran lánguidos, así como lo gutural de su lengua, permitirían llegar a dicha conclusión.

El aspecto corporal de los charrúas comienza a dibujarse, al modo de una crisálida salida lentamente de las brumas que rodean a las informaciones parcas y a veces erradas de los primeros cronistas.

Pigafetta, como se pudo comprobar, es muy poco explícito; Lopes de Sousa, mucho más rico y hondo, nos ofrece, a flor de realidades, una semblanza cálida y sin duda valedera. Pero vendrán otros cronistas y otras descripciones. Las iremos analizando de a poco, gustándonos en sus propias fuentes y juzgándolas a la luz de los elementos críticos que nos proporcionan la etnohistoria, la antropología física y la antropología cultural.